

A detailed still life painting of a basket overflowing with various flowers. The basket is woven and filled with a variety of blooms, including tulips in shades of yellow, pink, and white, chrysanthemums in yellow and orange, and roses in pink and white. There are also smaller flowers like daisies and bluebells. The background is dark, making the colors of the flowers stand out. The text "DISTRITO ACTUALIDAD" is overlaid in the center in white, bold, sans-serif font.

**DISTRITO
ACTUALIDAD**

Rivera Garza, Cristina. *Escrituras geológicas*. Iberoamericana – Vervuert, 2022. 205 p.
Horowitz, Gabriel. *Nature Fantasies. Decolonization and Biopolitics in Latin America*.
Lewisburg, Pennsylvania, Bucknell UP, 2024. 165 p.

**Fantasías de la naturaleza y escrituras geológicas:
escenas decoloniales en la literatura latinoamericana.
(Nota Bibliográfica)**

Mariana C. Zinni
Queens College – CUNY

Entre las numerosas y recientes aproximaciones ecocríticas a las literaturas y culturas latinoamericanas sobresalen dos textos que pueden leerse en conjunto: *Nature Fantasies. Decolonization and Biopolitics in Latin America*, de Gabriel Horowitz, y *Escrituras geológicas*, de Cristina Rivera Garza. Se trata de dos estudios que vienen de la academia norteamericana (uno más “norteamericano” que el otro, podemos decir) escritos en inglés y español respectivamente, y que abordan un arco de textos canónicos, o que tienen potencial de serlo, que van desde José María Heredia a Gabriela Cabezón Cámara, pasando por José Martí, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Jorge Luis Borges, Augusto Roa Bastos, Cesar Aira, José Revueltas, Gloria Anzaldúa, Selva Almada, Juan Cárdenas, Balam Rodrigo, Lina Meruane, Sara Uribe, entre otros. Ambos libros presentan, a grandes rasgos, un nuevo análisis literario de los poemas fundacionales y las que podrían ser llamadas nuevas “novelas de la tierra”, para explorar las complejas y contradictorias construcciones de la naturaleza a partir de una serie de discusiones que comenzaron a fines del siglo XIX y aún nos acompañan de manera recurrente.

Horowitz y Rivera Garza enmarcan sus análisis a partir de concepciones propias del pensamiento decolonial y las humanidades medioambientales de una manera sofisticada, rigurosa y precisa. En el primer caso, nos adentramos en un estudio del rol de la naturaleza, sobre todo en las ficciones fundacionales, a partir de la transición histórica de la descolonización cultural al estado moderno de corte biopolítico en Latinoamérica. *Nature Fantasies* parte de la premisa de que en Latinoamérica la descolonización (que nace del proceso de las independencias nacionales del siglo XIX) está incompleta, esto es, “any understanding of decolonization as a radical break with or total erasure of historical fact – be

it Amerindian or European- is a self-defeating fantasy that will not attain the plenitude of the emancipation it desires” (18), introduciendo así los dos conceptos fundamentales en este estudio, fantasía y deseo, en relación con la naturaleza americana.

La descolonización, incompleta, resulta ser una paradoja donde la fantasía de la independencia, unida al deseo de una vuelta fundacional a un estado de naturaleza, es producto de un esfuerzo inconcluso. Horowitz argumenta, como muchos otros, que los criollos reprodujeron las estructuras que pretendieron dejar atrás, y la naturaleza, de corte romántica e iluminista, no hace más que borrar el pasado prehispánico o modificarlo en tanto que ruptura falsa. Es decir, la naturaleza disciplinada y controladora imaginada por las fantasías criollas, destierra las identidades indígenas o no blancas del continente. La paradoja de la descolonización indica, entonces, que se intentó llevarla a cabo a partir de una ideología de la naturaleza fuertemente anclada en un imaginario decimonónico que definió las sociedades latinoamericanas obliterando un pasado pre-colonial. En otras palabras, “a desire for nature has acted in concert with colonialism, modernization, and the destruction of the environment” (119), constituyendo el lado oscuro de la integración de política entre naturaleza e historia. En estos términos, el autor propone la idea de que una vuelta a la naturaleza en tanto que rupturista desde una posición descolonial es particularmente irónica. “Against the understandable desire for rupture... the decolonial project today affirms this connection to the colonial, European path in exactly the same way” (23). Así, el autor plantea una naturaleza como entidad política que le sirve para visitar los textos bajo el paraguas teórico del biopoder.

Su análisis desentraña los retos de los distintos estadios de la descolonización y la evolución hacia la concepción de este estado biopolítico. *Nature Fantasies* estudia un corpus interesante y complejo, que ya ha sido analizado por la crítica, pero esta vez lo hace a la luz de estas teorías del deseo y la naturaleza, y, sobre todo, a partir de la paradoja de la descolonización incompleta. Utilizará la imagen de las cataratas del Niágara en José María Heredia, José Martí, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Juan Antonio Pérez Bonalde para demostrar la (im)posibilidad de inventar un nuevo paisaje latinoamericano como justificación de la falsa descolonización criolla, quienes, en vez de crear repúblicas inclusivas e igualitarias, tomaron el lugar de los españoles como dueños y señores de las tierras desplazando los sedimentos indígenas del paisaje americano, propiciando una ideología de la naturaleza que postula una destrucción del pasado en tanto que renovación necesaria para la reinención de los nuevos estados nacionales. Al analizar la relación establecida entre estos poemas, Horowitz arriba a la conclusión de que la historia de la literatura

latinoamericana deviene en “the history of a repetition of the same return to nature: the search for a break with tradition that merely affirms that tradition with greater force every time is carried out” (41).

La figura de los “indios blancos” le servirá al autor para pensar la literatura gauchesca, Domingo F. Sarmiento y José Hernández, a la sombra de *La liebre* de César Aira, reconsiderando las teorías darwinianas de raza y medio ambiente atadas a la idea de territorio. A su vez, el gaucho de bronce de Leopoldo Lugones le permitirá retar la concepción occidental-helénica de la identidad argentina, tema que retomará en su análisis de “El Sur” de Jorge Luis Borges, explorando la posibilidad de una identidad ligada a la naturaleza que, a partir del retorno a lo natural primigenio inaugure la posibilidad del fin de la historia.

Interesa además en este estudio un trabajo sobre la naturaleza devenida paisaje y luego, jardín. Un jardín botánico, científico a partir de la mirada constituyente de Alexander von Humboldt, o político, cerrado y amurallado por la figura del dictador en la narrativa de Roa Bastos. En este último, el jardín y sus muros serán también metáfora de la prisión, en este caso, de Aimé Bonpland, quien fuera compañero del científico alemán en buena parte de su viaje latinoamericano. Si el jardín amurallado da cuenta de una naturaleza domada y violentada, la civilización (en el sentido de europeización, devenir paisaje) y la homogeneización del estado-nación dependen de este cerramiento de la naturaleza, del entremuros que marca las fronteras del Estado a la vez que crea sujetos productivos. En suma, la genealogía que traza a lo largo de su estudio intenta dilucidar una dinámica entre la ideología de la naturaleza (“nature ideology”) y la descolonización, dinámica que contribuyó a la emergencia de un estado biopolítico, aunque fragmentario.

Por su lado, Rivera Garza utilizará los conceptos de “escrituras geológicas” y “(de)sedimentación” como modelos para señalar que la escritura no se concibe solo como la superficialidad de la experiencia o la narración, sino que en sus intersticios se alojan siempre, en el caso latinoamericano, historias de violencia epistemológica, de género, (neo)coloniales, de extractivismos, etc. Su estudio corre el eje centrado en la actividad humana a la posibilidad de escuchar otras voces u otras creaturas, prestar atención a la tierra, al daño producido por el Antropoceno, la crisis ecológica desatada por la conquista del continente americano. En esta misma línea teórica, Jennifer Schepher Huges sostiene que el genocidio indígena perpetrado por los conquistadores españoles produjo una caída mensurable en los niveles de dióxido de carbono que marca el inicio del antropoceno. “It is precisely this moment of catastrophe that signals the current geological age, in which human

activity is the dominant influence on climate and the environment” (*The Church of the Dead. The Epidemic of 1576 and the Birth of Christianity in the Americas*. NYU UP, 2021, xvii).

Se marca así el inicio de los procesos de colonización y explotación de los recursos naturales que conllevaron una crisis ecológica que a estas alturas resulta imposible de desactivar. “En este contexto -advierte la autora- es cada vez más difícil escribir sobre ‘la condición humana’ sin tomar en cuenta los territorios en disputa sobre los que colocamos los pies, y los cuerpos de las especies que, en constante e irresuelta compañía, conforman nuestra condición de presente” (10). Así, la opción por una lectura geológica se vuelve urgente, entendiendo por geología no solo una ciencia, sino, fundamentalmente, “una tecnología de la materia, una praxis racializada y colonialista que va mano a mano con los procesos de extracción y desposesión que han desmantelado regiones enteras del planeta, expulsando a poblaciones nativas y esclavizando a cuerpos negros o nativos a quienes, desde entonces, una geo-lógica indiferente caracterizó como materia inerte, es decir, no humana” (12).

Si una escritura geológica se propone como una operación desedimentativa, ¿cómo abordar tales escrituras que operan a partir de sedimentos textuales? Una de las posibilidades que presenta Rivera Garza es a través de la desapropiación, que podríamos incluso relacionar con una idea de extractivismo textual, donde la cita, la (re)apropiación, que en los casos de *Antígona González* o *Libro centroamericano de los muertos* se hace patente. Si México, como afirma Rivera Garza, es un “laboratorio estratégico de la necropolítica contemporánea” (174), será necesario desapropiar, crear otras estructuras textuales capaces de acoger otras/todas las voces al mismo tiempo, y, a su vez, producir las condiciones necesarias para su escucha. En ambos casos, la apropiación de voces, e incluso de formas, la desapropiación resulta un recurso fundamental para volver a narrar. Un claro ejemplo de estos procesos escriturarios es el caso de Balam Rodrigo, quien utiliza como modelo aquella denuncia primera y fundamental ligada a la destrucción y la desposesión de seres y territorios como lo fue la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas, en tanto que posibilidad para narrar. “El pasado ... siempre está a punto de ocurrir -anuncia la autora-. La colonialidad, que nunca ha dejado de manifestarse, también” (77). Otra manera de recurrir a las desapropiaciones estará dada por la reescritura incómoda, como en *Las aventuras de la China Iron*, de Cabezón Cámara, quien revisita la tradición cultural heteronormativa propia de la literatura gauchesca del siglo

XIX y le da una torción que en su momento llamamos queer¹ y que hoy no dudaríamos en calificar como descolonial.

Ya desde su libro anterior, *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación* (2019), la muerte permea las formas escriturarias y transpira en la tierra. Aquí, José Revueltas presenta una escritura para la muerte que rebalsa de los límites textuales para asentarse en los “testigos” naturales: el sol, las piedras volutariosas, los ahuehetes de Elena Garro que experimentan las marcas de las violencias coloniales y de género, o el cerro plagado de balas de Juan Cárdenas, que resuenan en el Cerro Corá de Roa Bastos. “La tierra va hablando poco a poco” (67), añade, e introduce aquí un concepto que resulta fundamental para pensar esta idea de escritura geológica, el de “escombro”, en tanto que “condición de materia afectiva, llena de textura, anclada en el presente... que conectan los restos físicos de la violencia” (68). Será la escritura la que pueda desedimentar las huellas y los rastros de la memoria.

En escritores como Selva Almada, Claudia Peña Claros o Cesar Calvo, esta desedimentación se pone de manifiesto en diferentes momentos que exploran las distintas capas de la narración, las voces, la materia y la experiencia. En Almada, el paisaje deviene territorio, y el territorio, cuerpo, ambos heridos por el heteropatriarcado, atravesados por este río palimpséstico que conserva los restos de la(s) historia(s). Al territorio, Peña Claros incorpora la percepción y el conocimiento de seres no humanos, el hombre y el monte que mueren a la vez, lúcidos ecos de “El hombre muerto” quiroguiano. Es en estos términos en que cabe la pregunta de cómo encarnar, desde la escritura, múltiples perspectivas animadas e inanimadas en un mundo complejo e inestable, sujetos y formas de vida incluidas en este mundo que habitamos y del cual ya no somos, como suponíamos, excepcionales y únicos. Esta excepcionalidad del sujeto humano es la que se cuestiona en el texto de César Calvo, quien intenta escucharlo todo en la selva y tratar de inscribir todas estas capas de sonido y significación en una escritura que haga frente a la extinción. La voz del planeta, los ecos, disputan con la voz humana la calidad de excepción.

Para Rivera Garza, leer es desenterrar, resucitar, propiciar procesos que dejan al descubierto las cicatrices tanto escriturarias como en el territorio. Pero también

¹ Zinni, Mariana. “Las aventuras de la China Iron”: Queering Martín Fierro.” *ViceVersa Magazine* (2018). Cabezón Cámara, en su más reciente novela, *Las niñas del naranjel* (2023), no solo continúa con el trabajo sobre la descolonización de la cultura heteropatriarcal ligada a la colonia, sino que, reencarnando la mítica figura de la monja-alférez presenta una vez más una narración donde múltiples voces se manifiestan en una celebración del lenguaje y la diversidad sexual, pero también de las conexiones subyacentes, geológicas, diría Rivera Garza, entre las especies.

desedimentar es deshabitar, desenterrar esos “muertos indóciles”, y a la vez, “deshabitar la página, desbrozar el territorio del lenguaje, quitar todo lo innecesario de ahí para que, ya sin estorbos, emerja la experiencia que queremos compartir con otros cuerpos en sus propios entornos” (186). La escritura, entonces, se inscribe en la naturaleza, y la lectura opera a partir de una doble desedimentación material y cultural, adscripta a un tiempo que ayude a visibilizar la violencia colonial que impregna desde lo fundacional a nuestras letras. En la segunda parte de su libro, titulada, precisamente, “Desedimentaciones”, Rivera Garza dejará de lado el trabajo sobre la naturaleza y los territorios para explorar lenguas, voces y ecos en/de la escritura y en lo que llamará “imaginación acuerpada” (185), presente en las reverberaciones de Lina Meruane, o en la lengua bífida de Gloria Anzaldúa.

Menos obvia que la postura de Horowitz, las escrituras geológicas y la desedimentación son también ejercicios de la descolonización. Muestran una relación con la naturaleza donde se descentra la figura heteropatriarcal de raigambre colonial para moverse hacia otras voces y otras especies que surgen de los intersticios escriturarios. Ya Antonio Cornejo Polar había identificado la multitemporalidad heterogénea que nos aqueja. Horowitz y Rivera Garza van más allá de este concepto. No vamos a leer en estos estudios una alabanza o diatriba a las literaturas nacionales, sino una forma de pensar necronarrativas y escrituras geológicas, descolonización y fantasías de la naturaleza que incluyen la naturaleza y los sedimentos del jardín, pero de un jardín devastado, explotado, extractivismo hasta agotar la cita o las narrativas. Escucharemos ecos fundacionales, pero esta vez amplificadas por el terricidio, rebotando en sujetos no humanos, en el territorio, en las piedras; reflexiones sobre el problema de la tierra post-Mariátegui, esta vez sin indios, o con los indios blancos que identifica Horowitz. En suma, en ambos volúmenes podremos identificar y visitar algunas recurrencias en la literatura latinoamericana postuladas desde dos aproximaciones muy agudas, provocativas y sofisticadas a la naturaleza y la literatura que abren el panorama a futuros estudios ecocríticos y de las humanidades medioambientales, aproximaciones teóricas que, como algunas otras, han llegado para quedarse.